Cruz (1), oriundo de Medina del Campo, conocido también por el doctor *Extático* por cuanto sus escritos, impregnados de suma espiritualidad, dejan adivinar un alma nacida para el éxtasis y la contemplación. Que fue Juan de la Cruz un sér predestinado para la Iglesia, lo prueba su vida, encaminada en el misticismo desde los primeros años, a virtud de fuerte e irresistible vocación. Que su espíritu, orientado al servicio de Dios, se desenvolvía libre, natural y espontaneamente es también algo que se desprende de la lectura de cualquiera de sus obras: dechados todas de prosa fluída, alada, casi vaporosa, cual exhalación del alma que la caldeaba y daba vida. Leída con detenimiento, es su prosa singular conjunto en que la poesía y el éxtasis se compenetran inextrictablemente, en términos de no poder discernir uno con exactitud cuál es el elemento dominante, entre la humana inspiración y el iluminismo divino. Consecuencia lógica de todo esto son las vaguedades y las impresiones que desde el punto de vista ideológico se advierte en nuestro autor; es, con efecto, que por aquello de dominar en él, por igual, los factores místicos o contemplativos e inspirados o poéticos, su capacidad intelectual sufre un tanto. Comparado con Santa Teresa, por ejemplo, es evidente que si le aventaja, en razón del subjetivismo y la poesía de su estilo, le es inferior, y muy mucho, por lo que respecta a las ideas generales. Tal es la impresión que nos han dejado los numerosos extractos que de este autor hemos leído. De la *Subida del Monte Carmelo* citaremos como pasajes particularmente inspirados, llenos de éxtasis unción y poesía a la vez, el capítulo V del libro II en el que Juan de la Cruz explica gracias a una comparación ingeniosa lo que es la unión del alma con Dios: el capítulo XVI donde se discuten las aprehensiones imaginarias que impiden esa tal comunión con la Divinidad, etc. *La noche oscura del alma* no es menos significativa por cuanto evidencia con entera claridad el influjo del sentimiento cristiano y de la inspiración religiosa del gran beato en sus pensamientos literarios. Los dos libros que integran la obra sintetizan admirablemente los anhelos de nuestro linaje por llegar en espíritu hasta el Creador, como un recurso de la propia salvación. Es una obra de extraordinario brío, de soberbio empuje místico en la cual su autor despliega todos los recursos de la dialéctica para atraerse a sus lectores, para subyugarlos espiritualmente por medio del razonamiento. Unos mismos propósitos encierra su famoso *Cántico espiritual*: cuarenta declaraciones que desarrollan, cada una de ellas una quintilla, sea del alma, sea de su esposo,—Cristo—, sea, en fin, un diálogo entre los dos. La idea general es que la perfección absoluta del alma sólo la alcanzamos los hombres después de efectuado este matrimonio espiritual con Dios: fin que obtenemos progresivamente, purificándonos poco a poco, a través de lo que Juan de la Cruz llama «la vía purgativa». Tratando en otro capítulo acerca de la obra poética de este santo varón, vamos a resumir ahora su doctrina, lo que nos permitirá poner de relieve, objeti-

(1) Su verdadero nombre de pila era Juan de Jepes y Alvarez, que él cambió para profesar.

© Biblioteca Nacional de España

vamente la influencia literaria del Cristianismo, por un nuevo aspecto, muy especial, distinto de los que hasta aquí conocemos: todas las funciones de relación se resuelven en el hombre en un desposorio ideal con Dios, unión para la cual no habremos menester otro concurso que el de nuestra libre voluntad, ni ayuda más valiosa que la que nos brinda la espontaneidad de nuestros sentimientos. La idea, con parecer ingenua, cuasi extraña, no carece de originalidad. Veamos cómo desarrolla el beato, por medio de apotegmas espirituales su doctrina: «El aprovechar no se halla sino imitando a Cristo, que es el *camino*, la *verdad* y la *vida* y la puerta por donde ha de entrar el que quisiere salvarse.»

«No te goces en las prosperidades temporales, pues no sabes de cierto que te aseguren la vida eterna.»

Conviene que nos penetremos en este pensamiento, sin prejuicios, con entera amplitud de miras: acaso no satisfaga a todas las conciencias porque el aislamiento del mundo y la propia concentración no son propios de entes que hemos nacido en y para la sociedad. Empero todos veneramos por de contado al recto varón que en momentos de éxtasis, en ratos de iluminismo en que su alma sólo vibraba bajo la inspiración divina supo hermosear la vida espiritual con tintes de la más suave poesía y el velo siempre halagador del optimismo. Quien, de los grandes místicos castellanos le aventaja por la solidez de las ideas y el vigor del pensamiento; quien por la inflexible y uniforme corrección de la frase; otros, en fin, por la riqueza de la expresión y la abundancia desbordante de la palabra interior: San Juan de la Cruz los supera a todos por la ingenua exteriorización de los sentimientos, particularmente los que inspiran nuestras relaciones con el Creador.

Difícil parece que después de los autores místicos que sabemos haya de imponerse a nuestro estudio algún otro; sin embargo, en prueba de que con cada gran místico que viene al mundo varía la influencia literaria del Cristianismo vamos a considerar ahora a un hombre no menos docto que original, tan elevado en el pensamiento como superior en la manera de expresar sus ideas: el venerable maestro Fray Luis de León, que ya conocemos como poeta religioso de altísimo vuelo. De las obras que de este excelso príncipe de las letras hemos podido leer, conceptuamos superior, desde el punto de vista del misticismo que nos ocupa, la que lleva por título *Los nombres de Cristo:* tres libros que constituyen hermosa apología de las Divinas Escrituras, como un recurso de comprender las verdaderas perfecciones de Jesucristo. Considerado desde tal punto de vista, esta obra voluminosa presenta a los espíritus profanos en materia de exégesis religiosa los dictados del Salvador del Mundo. Uno de estos nombres, el primero «puesto en castellano se dirá bien Pimpollo», de conformidad con palabras textuales del Espíritu Santo en el Cap. 4° del Profeta Isaías: «En el día el Pimpollo del señor será grande alteza y el fruto de la tierra.....» Vienen después otras explicaciones acerca de los nombres de *Cara de Dios*, *Jesús*, *El Amado*, etc. otros tantos motivos de que se aprovecha el escritor para expla-

© Biblioteca Nacional de España

yarse en consideraciones morales, en disquisiciones del más puro misticismo, en consonancia con las tradiciones de nuestro credo. A un mismo tiempo todas ellas son modelos de buen decir, filigranas en materia de estilo, preciosos dechados desde el punto de vista literario. Citaremos, únicamente, desde este punto de vista, la preciosa descripción de Cristo. amante de la dulzura campestre, del libro 1°, que empieza así: «Vive en los campos Cristo, y goza del cielo libre, y ama la soledad y el sosiego; y en silencio de todo aquello que pone en alboroto la vida, tiene puesto él su deleite». El mismo moralista acrisolado, el mismo purificador de almas se traduce en la *Exposición del libro de Job*, en *La Perfecta casada* y demás escritos de Fray Luis de León, que no resumimos porque, sobre ser ello obra estéril, no nos facilitaría nada nuevo que decir en cuanto a las ideas.

Parangonado con el otro Luis ilustre, de Granada, Fray Luis de León aparece quizás como más profundo pensador, como más versado en exégesis religiosa: en aquél hay más facundia, más facilidad de expresión, más verbosidad; en éste más vigor de pensamiento, mucho mayor penetración en cuanto a las ideas. Aquel sostiene por lo regular una charla amena, amistosa con el lector, con ánimo de complacerlo: en éste hay más del profesor que, a la par que nos entretiene, nos arrolla en su dialéctica: los dos nos atraen a las doctrinas ortodoxas del Cristianismo, el uno cautivando el corazón, el otro aprisionándonos la inteligencia.

Después de este estudio sostenido que hemos presentado de nuestros grandes místicos, sólo nos resta mencionar a Malón de Chaide, autor de la *Conversión de la Magdalena*, libro escrito con calor, movimiento y bríos extraordinarios; no es un purista, un pensador impecable, no, pero en cambio se distingue por la brillantez de su imaginación y los arrebatos de la fantasía; el Padre Juan Eusebio Nieremberg, cuya obra maestra el *Tratado de la hermosura de Dios*, sin ser original, ostenta, sin embargo, no pocas bellezas. Recordamos en particular un su célebre capítulo en que desarrolla, muy hermosamente, la tesis de la belleza, atributo espiritual de Dios; empieza así: «Digo que la causa porque la hermosura corporal agrada, es por ser una sombra o remedo de la razón, por ponerse en un cuerpo un rasgo y seña de lo que es intelectual y espíritu..... .... (Libro I° Cap. 3). El padre Jesuíta Pedro, de quien hemos leído su famoso *Tratado de la tribulación:* obra vigorosa, animada de espíritu altamente cristiano. Más erudito y leído, en nuestro humilde sentir, que de altos vuelos intelectuales; tiene más estudio que inspiración.

CAPITULO VI

La historia y la oratoria religiosas

Antes de encauzarnos en el desarrollo de este capítulo, que conceptuamos en cierta manera aditamento al anterior, creemos deber hacer una declaración previa: es que trataremos de aquellos escritores cuya actividad literaria ha sido eminentemente histórí-

© Biblioteca Nacional de España

ca u oratoria, no habiendo descollado en ningún otro género, primeramente; en segundo lugar que, siguiendo la norma estatuída en el Prefacio, nuestra escogencia, en las dos orientaciones consabidas, habrá de limitarse a los casos en que el influjo cristiano sea palmario, evidente, no bastando tan sólo como credenciales el que oradores e historiadores hayan revestido el traje talar de la Iglesia.

No vacilamos en indicar como punto de partida de la Historia religiosa las llamadas «crónicas» del monje Pedro Marín contemporáneo y protegido de Alfonso el Sabio, acerca de los *Milágros de Sancto Domingo*: el fin que se propone el autor es demostrar la inspiración divina por medio de acciones humanitarias del Santo; esto, además del interés que ofrece la obra literariamente hablando, de ser la primera relación histórica castellana escrita en los claustros conventuales.

La historia mística sufre entonces un largo eclipse, para reaparecer con auge y brillantez notables, entre los últimos años del siglo XVI y los primeros del XVII; este lapso, especie de interregno es de que se aprovechan los historiadores profanos para darle a su especialidad también esplendor y lucidez. (1)

Reanuda el ciclo de la historia religiosa el fraile Jerónimo José de Sigüenza, autor de la *Vida de San Jerónimo* y de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*. Es la primera una hermosa apología del Cristianismo, de sus virtudes y excelencias que el bueno de Sigüenza encuentra admirablemente sintetizadas en la persona de su héroe. Es decir indirectamente, que el historiador, en vez de extenderse en consideraciones que, aunque literarias y pertinentes al tema, para nada contribuyen al acrisolamiento de la fe, hace de San Jerónimo y de sus acciones pretexto para ensalzar su credo. Fiel a la misión que la Iglesia le confió, el venerable padre despliega todas las dotes artísticas y literarias de su ingenio en la prédica del bien, en la exhortación a la piedad; de igual modo, apenas hay en la vida de San Jerónimo página que no lleve envuelto el denuncio de los males, la impugnación de todas las perversidades que asaltan a los hombres, el menosprecio, en fin, de los bienes terrenos, efímeros y contingentes en que se complace el cuerpo: misérrima nonada en comparación del perfeccionamiento moral y la salud del espíritu que engendran unicamente el amor de Dios y la práctica de las enseñanzas cristianas. Además de esto que constituye nervio esencial de la doctrina de Sigüenza y que evidencia a las claras influjo directo del Cristianismo, sus escritos se recomiendan literariamente por la elegante discreción del estilo, de frase siempre correcta, delicada y pulcra. Ejemplo incontrovertible es la *Introducción* de la tercera parte de la Historia de su Orden; en particular los dos párrafos sucesivos que empiezan así:

«A mí me dieron a escoger, que no es pequeña disculpa:..... ....» y «vese en esta historia trocado todo; en vez de aquellas preñadas pláticas de los consejeros de Estado; de los ra-

(1) El florecimiento de la historia profana se personificó en Ocampo, Guevara, Zurita y el más grande de todos: el padre Mariana.

© Biblioteca Nacional de España

zonamientos de los capitanes para desciplinar el ejército o animar los soldados a la batalla; .... (Aquí sigue una brillante descripción, modelo en su género).

Contemporáneos del padre Sigüenza fueron: el jesuíta cordobés Martín de Roa, autor del *Estado de almas del Purgatorio*, el *Estado de los bienaventurados en el cielo, etc.*, obras de erudición teológica que revelan, además, conocimiento adecuado de nuestra lengua; y Fray Diego de Yepes, confesor de Santa Teresa, de quien no hemos podido procurarnos nada, de manera que nos contentamos con mencionar, sin emitir opinión alguna propia, la *Vida de Santa Teresa*, que conocemos por referencia.

La elocuencia sagrada castellana tuvo sus orígenes o antecedentes allá por los comienzos del siglo V y se continuó hasta el VII, es decir, durante todo el período de la dominación visigoda. Como era natural, en un país donde el pueblo, las clases medias y el clero eran cristianos, el arrianismo de los invasores había de suscitar reacción tanto más sostenida y violenta cuanto éstos habían decretado en su Concilio celebrado en Toledo la persecución de las creencias existentes. Los cristianos se defendían por la acción, la pluma y la palabra hablada; concretémonos tan sólo a los oradores del púlpito y resucitemos, a través de los siglos pretéritos, los nombres de Leandro de Sevilla, Juan de Biclara e Isidoro de Sevilla. Los tres eran miembros del clero hispano-latino, y a los tres les deben las letras castellanas y nuestra religión el haber combatido desde la cátedra sagrada de los templos el empuje avasallador y herético del arrianismo.

Más tarde, en la época de la dominación musulmana, hubo desde luego nuevos predicadores y apologistas de las enseñanzas de Cristo, continuadores eméritos de aquellos tres grandes precursores, como los hubo asimismo entre las innúmeras legiones de ascetas y religiosos que dominaban moralmente en todos los lugares de donde se iba arrojando poco a poco a las gentes moriscas.

La verdadera manifestación de la oratoria mística española, en esta última éra a que nos referimos, puede localizarse en el primer tercio del siglo XII, y descollaron por entonces: el valenciano Fray Pedro Nicolás Pascual, reputado como orador ameno y persuasivo; Alfonso de Valladolid, de familia y educación musulmanas, convertido después a la Cristiandad; Pedro Gómez de Albornoz, en fin, letrado de primer orden, hombre de vastísima ilustración, así profana como eclesiástica, notable comentador de las doctrinas evangélicas en una obra intitulada *Libro de la Justicia de la vida espiritual*, que unicamente conocemos de referencia. Por superfluo tenemos seguir mencionando nombres de oradores místicos y sus obras, desde luego que casi todas éstas nos faltan; la crítica literaria e histórica bien puede prescindir de ellas, no quedando otro expediente, sin perjuicio de precisar, no obstante, la orientación y el alcance del género en que nos ocupamos. En general, los oradores místicos de los siglos medios y el Renacimiento tomaban como modelos a los padres de la Iglesia latina, siendo así como luego de predicar a sus creyentes las conveniencias de la fe vertían sus oraciones en lengua latina. Los

© Biblioteca Nacional de España

reinados de Juan II y Enrique IV son característicos a este respecto: llenas estaban constantemente las iglesias, adonde acudían personas de todas las clases sociales, de la Corte a los más humildes del pueblo, a recibir por boca de eminentes oradores alientos para sustentar las creencias que les inculcaran sus mayores; temas favoritos y frecuentes eran naturalmente los que se relacionaban con la Biblia y las Sagradas Escrituras, eso sí, alternados con tópicos de orden moral, enderezados a corregir las costumbres y a sostener inalterable la práctica del bien. Mención especial se merece Fray Hernando de Talavera, cuya influencia en el ánimo de la reina Isabel la Católica es bien conocida: orador suave, penetrante y convincente, que supo allanar su inteligencia al habla del vulgo, por manera que todos sus oyentes pudieran comprenderlo. «Predicaba él, decía una crónica contemporánea, que aunque dezía cosas arduas e muy sotiles y de grandes misterios, la más simple vejezita del auditorio las entendería tan bien como el que más sabía; porque su intento era salud de las *ánimas;* y por eso siempre trataba de los vicios y enseñaba la virtudes.» En fin, nuevo mérito que es preciso hacer del famoso consejero real, es que contrariando la tendencia de otros predicadores, a la cual nos hemos referido ya, después de pronunciar sus sermones los escribía en lengua vulgar, exprofeso, a fin, decia él, de que todos sus oyentes pudiesen rectificar cuantas impresiones recibiesen oyéndole desde el púlpito.

Como se sabe, la oratoria sagrada, tan beneficiosa, tan útil, entró bien pronto en breve período de decadencia. Hubo, es verdad, sacerdotes de claro cerebro y sano ingenio que pusieron al servicio de la fe todas sus dotes intelectuales; pero de entre ésos no hay uno solo en cuya obra se patentice claramente, el objeto primordial de nuestro trabajo, que es la influencia literaria del Cristianismo. Por otra parte, la depravación y el mal gusto tendieron ulteriormente sus alas sobre el género: es la época de los malos predicadores, de los charlatanes de feria, que nos ha diseñado con pluma maestra y habilísima el Padre Isla, en la ridícula personalidad de Fray Gerundio de Campazas. Lástima grande que la nación española, la hija predilecta de la Iglesia, no haya tenido predicadores sagrados de la talla de Massillon, Flechier, Bossuet, etc., los prohombres de la cátedra sagrada francesa!

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

TOMAS GUARDIA

Mención honorífica por un tema en prosa

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

POR

TOMAS GUARDIA G.

MENCION HONORIFICA

ES y ha sido siempre el corazón de todo español amante de lo ideal; por eso toda idea noble, todo espíritu levantado, tiene en España entusiasta acogida; por eso cuenta ella durante la edad media con numerosa pléyade de caballeros, cruzados del ideal de quienes es prototipo el Cid inmortalizado en los cantares de gesta y en numerosos romances, hijos de la mente de anónimos trovadores; por eso Colón halla protectores en los católicos soberanos del pueblo español y en este último entusiastas partidarios y decididos seguidores que lo acompañan en todas sus vicisitudes y a quienes domina y contagia con la fiebre de descubrir que lo trajera al Nuevo Mundo; por eso al conjuro de Pío V parte larga caravana de los legendarios tercios españoles al mando de D. Juan de Austria para hundir en las aguas de Lepanto el orgullo otomano sin que la arredre el gran poderío de los turcos, ni su inmensa mayoría numérica; por eso han mostrado siempre los españoles su tradicional valentía y arrojo, ya en Flandes, tropezando con la falta de recursos pecuniarios donde tanto se necesitaban, ya en su propio suelo: ora en larga guerra contra los moriscos, ora en resistencia heroica contra la invasión de un ambicioso que intentaba profanar con su planta la tierra de Pelayo y manchar con su lodo el trono brillante de Alfonso el Sabio; por eso produjo España artistas tan inspirados como Velázquez, Murillo o Rafael y contó entre sus hijos a la inmensa legión de novelistas, dramaturgos, poetas y oradores que han hecho de la lengua castellana la más rica, dulce y sonora de cuantas se hablan en el universo; por eso, en fin, acogió en su seno la religión del Crucificado, la más sublime y la única divina de cuantas han existido y existen.

El Catolicismo echó en España hondas raíces. Cristiano era

© Biblioteca Nacional de España

tanto el Rey como el último de sus súbditos, tanto el letrado como el ignorante. Su influencia tuvo, pues, que sentirse y sobre todo en aquellas cosas en que toma parte el corazón como son las artes: tal aconteció en la pintura, tal sucedió también en la poesía y por ende en la literatura.

Si hemos de remontarnos a los primeros poetas cristianos nos encontraremos allá por el año 330 con el Presbítero Cayo Vecio Aquilino Juvenco, el primer poeta latino digno de mención que escribiera inspirado por el espíritu cristiano y cuya principal obra la constituyen los cuatro libros de su «Historia Evangélica». Pocas o casi insignificantes son las otras manifestaciones de la influencia de la Religión en la literatura que se suceden hasta la aparición de Aureliano Prudencio, «cantor, según las palabras de Menéndez y Pelayo, del cristianismo heroico y militante, de los ecúleos y de los aparatos de tortura, ennoblecidos y consagrados por el martirio... Los corceles que arrastran a San Hipólito, el lecho de ascuas de San Lorenzo, el desgarrado pecho de Santa Engracia, las llamas que envuelven el cuerpo y los cabellos de la emeritense Eulalia, mientras su espíritu huye a los cielos en forma de cándida paloma; los agudos guijarros que al contacto de las carnes de San Vicente se truecan en fragantes rosas; el ensangrentado circo de Tarragona adonde descienden como gladiadores de Cristo San Fructuoso y sus dos diáconos; la nívea estola con que en Zaragoza sube triunfante al Empíreo la mitrada estirpe de los Valerios..... Esto canta Prudencio, y por esto es grande». En efecto, oigámosle exclamar en su «Himno en Loor de los Mártires de Zaragoza»:

«Aquí los huesos de la casta Engracia
Son venerados: la violenta virgen
Que holló resuelta las del vano mundo
pompas falaces.

Mártir ninguno en nuestro suelo mora,
Cuando ha alcanzado su glorioso triunfo;
Sola tu, virgen, nuestra tierra habitas,
Vences la muerte.

Vives y aún puedes referir tus penas,
Palpando el hueco de arrancada carne:
Los negros surcos de la atroz herida
Puedes mostrarnos.

Qué impío sayón te desgarró el costado,
Vertió tu sangre, laceró tus miembros
Partido un pecho, el corazón desnudo
viose patente.

Mayor tormento que la muerte misma
Cura la muerte los dolores graves,
Y al fin otorga a los cansados miembros
Sumo reposo.

© Biblioteca Nacional de España

Mas tú conservas cicatriz horrible,
Hinchó tus venas dolorosa llama,
y tus medulas pertinaz gangrena
Sorda roía.

Aunque el acero del verdugo impío
El dón te niega de anhelante muerte,
Ceñir lograste, cual si no vivieras,
Mártir la palma.

De tus entrañas una parte vimos
Arrebatada por agudos garfios:
Murió una parte de tu propio cuerpo
Siendo tu viva.

Título nuevo de perenne gloria
Nunca otorgado, concedióle Cristo
A Zaragoza: de una mártir viva
La hizo morada.

Este himno solo, es suficiente para asegurar a su autor el puesto importante de primera piedra del edificio de la literatura cristiana en España que dignamente comparte con su predecesor, Aquilino Juvenco.

Baste esto para precisar la época en que comenzó a sentirse la influencia del Cristianismo en la literatura, pues sería apartarnos del verdadero asunto de este estudio, el considerar a los otros autores latinos que se suceden acercándose más a los tiempos en que el clérigo de San Millán de la Cogolla pedía ya «un vaso de bon vino» en pago de sus versos, ya las limosnas para su convento con el objeto de no ser de «tristicia menguado».

Estamos en el siglo XII; nace la literatura española; ensaya sus facultades, comienza a balbucear. ¿Quién la ampara? Las paredes de un monasterio. ¿A quién se acoge? Al corazón de un clérigo. Oigámosle, que va a cantar: será acaso un saludo a los dioses del Olimpo o quizá las pasiones de la carne, o por ventura el grito del hombre rebelde a su Criador? Imposible, lejos de eso; es «La Vida de Santo Domingo de Silos», es la de San Millán de la Cogolla, es «El Sacrificio de la Misa», es «El Martirio de San Lorenzo», son los «Loores de Nuestra Señora», son sus Milagros, son «Los signos que aparecerán antes del Juicio», es el «Duelo de la Virgen el día de la pasión de su hijo», es «La Vida de Santa Oria», son, en fin, tres Himnos que, postrado ante Dios y su Madre les canta humildemente:

«VENI CREATOR SPIRITU pleno de dulce lumne,
Visita nuestras mientes de la tu sancta lumne,
Purga los nuestros pechos de la mala calumne,
Implelos de tu gracia como es tu costumne.

Tú eres con derecho dicho confortador,
Dono dulz' precioso de Dios nuestro Señor,
Fuent' viva, fuego vivo, caridat é amor,
Unción con que sana la alma pecador.

© Biblioteca Nacional de España

Ave, Sancta María, estrella de la mar,
Madre del Rey de gloria que nunca ovist, par,
Virgo todas sazones, ca non quisist' pecar,
Puerta de pecadores por al cielo entrar.

.....

Virgo, madre gloriosa, singular e señera
Plena de mansedumbre, plus simple que cordera,
Tú nos acabda, madre, la vida verdadera,
Tú nos abri los cielos como buena clavera.

.....

Loor sea al Padre, al Fijo reverencia,
Onor al Sancto Spíritu non de menor potencia,
Un Dios e tres personas, esta es la creencia,
Un regno, un imperio, un rey, una esencia.»

No es de extrañar que fueran tales las palabras de un religioso y, ciertamente no bastan, por más que sean las del poeta más antiguo conocido para atribuír al Cristianismo una acción efectiva sobre la literatura. Pero es el caso que tal influencia no cesa, se advierte en todos los autores de los primeros tiempos, hasta en el maleante y aventurero Archipreste de Hita que no puede prescindir, en medio de las burlas y picardías de su «Libro del Buen Amor», de los principios religiosos que guarda en su corazón, y de las inspiraciones de que son fuente estos principios: tales sus frecuentes digresiones morales y ascéticas, y los *Gosos* y «Cánticas de Loores de Santa María»:

«Santa María
Luz del día
Tu me guía
Todavía.

Gáname gracia et bendición
Et de Jesús consolación,
Que pueda con devoción
Cantar de tu alegría.»

«Quiero seguir a ti, flor de las flores,
Siempre decir cantar de tus loores,
Non me partir de te servir,
Mejor de los mejores.»

Igualmente la canta alborozado el Canciller Pedro López de Ayala y ora le promete con «humildat e deuoto corazón» ir a Monserrat a orar en su santuario, ora se dirige al Señor y le dice suplicante:

«Sennor, si tu has dada
Tu sentencia contra mí
Por merced te pido aquí
Que me sea revocada.»

© Biblioteca Nacional de España

El mismo espíritu católico alienta en Alvarez de Villasandino y en el Marqués de Santillana, como también en varios anónimos. Enseñanza del Cristianismo es lo que resplandece en el «Decir que fue fecho sobre la justicia a pleytos e de la gran vanidad d' este mundo», atribuído a Gonzalo Martínez de Medina, lo mismo que en aquel otro anónimo de «La Danza de la Muerte» que comienza:

«Yo so la muerte cierta a todas criaturas
Que son y serán en el mundo durante,
Demando y digo: o omne por qué curas
De bida tan breue en punto pasante?
Pues non ay tan fuerte nin resio gigante
Que deste mi arco se pueda amparar,
Conuiene que mueras quando lo tirar
Con esta mi trecha cruel traspasante.»

Con mejor éxito que el ignorado poeta cantó más tarde Jorge Manrique el mismo asunto en estrofas que han de durar mientras haya quien guste de las mieles de la belleza y que ahora acuden espontáneas a mi memoria:

«Recuerde el alma dormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando:
Cuán presto se va el placer,
Cómo después de acordado
Da dolor,
Cómo a nuestro parescer
Cualquiera tiempo pasado
Fue mejor.
....

«Nuestras vidas son los ríos
Que van a dar en la mar,
Que es el morir;
Allí van los señoríos
Derechos a se acabar
Y consumir;
Allí los ríos caudales,
Allí los otros medianos
Y más chicos;
Allegados, son iguales
Los que viven por sus manos
Y los ricos.»

Tarea ardua sería la de continuar examinando durante el curso de los tiempos, la labor literaria llevada a cabo gracias al influjo del Cristianismo y por otra parte me excusa de entrar en tal examen lo palpable de los beneficios que ha aportado la Re-

© Biblioteca Nacional de España

ligión cristiana a la literatura española, inspirando ya directa, ya indirectamente, a innumerables autores. Débese a esas inspiraciones, valga un ejemplo, el mejor poema épico de la literatura española, «La Cristíada», del que fue autor Fray Diego de Hojeda, y del cual dice Menéndez y Pelayo que «es sin disputa el mejor compuesto de nuestros poemas, el más racional en su traza y distribución de partes, el que penetra en esferas más altas de sentimiento poético, el más lleno de viva y penetrante efusión que, en ciertos pasajes, como el cuadro de los azotes, es capaz de arrancar lágrimas al lector menos pío.» Yo, por mi parte, no puedo resistirme a citar la descripción del eclipse del sol, pedazo de poesía, según el sentir de D. Eugenio de Ochoa, no aventajado por ninguno otro y capaz de «ir a la par con cualquiera de las ideas sublimes que se admiran en Homero, Dante, Miguel Angel, Milton, y los demás poetas y pintores de su fuerza».

«Estaba el sol entonces coronado
de largas puntas de diamantes finos,
y, en medio de su curso levantado,
los montes abrasaba palestinos.
Miguel, viendo a su Dios crucificado,
desnudo ante los bárbaros indinos,
con hidalga vergüenza y noble celo
bajó del cielo empíreo al cuarto cielo:

y a los fuertes caballos rutilantes
que echaban fuego por las bocas de oro,
las ruedas volteando coruscantes
que dan al mundo nuevo gran tesoro;
los encendidos frenos radiantes,
sin guardar al planeta más decoro,
asió con la una mano valerosa,
y con otra la máquina espantosa.

Y el carro así parado, alzó los ojos
al sol, que con mil ojos le miraba,
y fulminando por la vista enojos,
el fin de sus intentos aguardaba:
abriendo, pues, Miguel sus labios rojos,
con voz le dijo resonante y brava,
increpando al planeta excelsamente,
porque daba su luz resplandeciente.

¿Es posible, inmortal noble criatura,
que miras a tu Dios en cruz desnudo,
y ofreces luz a aquella gente dura
que sin miedo en la cruz ponerlo pudo?
Cubre tu clara faz de noche oscura,
con razón fiero y con verdad sañudo,
desate el mundo así sus gruesas nieblas,
y a su Criador conozca en sus tinieblas.

© Biblioteca Nacional de España

Dijo, y el sol avergonzado luego,
sus rayos en sí propio recogidos,
negó su bella lumbre al mundo ciego
por dejar a los hombres confundidos:
espantóse el romano, admiró al griego,
ambos en esta ciencia esclarecidos,
ver un eclipse tal, y el crudo hebreo
se quedó pertinaz en su deseo.»

Precisa también considerar la obra realizada por el Cristianismo en esa otra importantísima faz de la literatura: el teatro. Que su iniciación se debe exclusivamente a la Iglesia, es una verdad irrefutable.

Refiérennos los historiadores de la literatura española, entre ellos Angel Salcedo y Ruiz, que en España, según toda apariencia, gracias a los benedictinos franceses, se introdujo de su vecina del Norte la costumbre reinante en ella de representar los misterios o autos, con el fin de inculcar mejor en los fieles católicos los principales acontecimientos de la historia sagrada, o los dogmas religiosos, actos que se efectuaban en las grandes solemnidades, v. gr. en la fiesta de Navidad. Partía de determinado sitio, ordinariamente de la casa consistorial, la comitiva que acompañaba a los reyes magos y que se dirigía a la iglesia para tributarle adoración y ofrecerle sus presentes al Niño Jesús quien yacía reclinado en el portal hecho al efecto. Pero aconteció que el elemento profano, representado por los pastores, en vez de limitarse a la adoración del Niño como anteriormente lo hacía, se dedicó también a entretener al pueblo con chistes y gracejos, las más de las veces irreverentes, razón por la cual hubo de proscribírsele del sagrado recinto y señalarle como escenario el atrio de la iglesia. No tardaron en salir los autos de talestérminos gracias a Juan del Encina, quien los hizo representar en la residencia del Duque de Alba, Don Fadrique de Toledo, protector suyo. En ese mismo lugar representó sus producciones: El Nacimiento de Jesús, La Pasión y Muerte y La Resurrección, además de otras de carácter profano.

Otros autores surgieron después de Juan del Encina como Gil Vicente, Bartolomé de Torres Naharro, Lope de Rueda y Cervantes, quienes laboraron con empeño hasta llevar al teatro al desarrollo en que lo encontraron los genios de Lope de Vega, Calderón y Tirso de Molina. Los tres profundamente cristianos, de un cristianismo que los lleva al sacerdocio; autor el primero de más de cuarenta autos sacramentales, de más de ochenta el segundo y de innumerables el tercero. Pero no es sólo en los autos donde resplandece su espíritu religioso; también se ostenta en sus obras dramáticas: en todas ellas hay mujeres que oran u hombres capaces de contestar cual lo hace Don Fernando al Rey en el Príncipe Constante:

Rey.—Hoy Ceuta está en tu poder;
si cautivo te confiesas,
si me confiesas por dueño,
¿por qué no me das a Ceuta?

Don Fernando.—Porque es de Dios y no es mía.

© Biblioteca Nacional de España

Si Tirso de Molina y Calderón y Lope de Vega no hubiesen retratado en sus obras a aquellas mujeres o a hombres de la talla de éste no habrían merecido el alto puesto en que están colocados, pues no habrían retratado a los españoles de su tiempo.

No tan palpable como en el teatro, es la influencia cristiana en la novela. Es casi nula en la picaresca, alguna en la pastoril, bastante más de lo que parece a primera vista en las de caballería. El modo como pudo ejercerse esa influencia en este último género de novela, nos lo dice D. Juan Valera en su discurso sobre el Quijote y las diferentes maneras de comentarle y juzgarle:

«Toda fuerza trascendental, toda aspiración *humanitaria*, estaba entonces —en la Edad Media— en la religión, y se proponía un fin ultramundano. Así es que no tenía la literatura profana un norte, un término y, no sólo por la rudeza de las lenguas que entonces se formaban, sino también por la anarquía del pensamiento, reflejo de la anarquía social y política, no pudo crearse un gran poema caballeresco. El gran poema de la Edad Media tuvo que ser religioso, y le realizó Dante. No pudo haber un gran poema profano de interés nacional, porque las necesidades, o no se habían formado aún, o no se habían comprendido ni tenían conciencia de sí.

«Hubo, sinembargo, un pueblo, donde se manifiesta antes, y con toda su fuerza, la conciencia de la vida real colectiva; donde el continuo batallar contra infieles, disputándoles el terreno palmo a palmo, identifica el amor de la religión con el de la patria, la unidad de creencias con la unidad nacional; donde el sol brillante del Mediodía, junto con el afán de guardar la pureza de la fe, disipa todas las visiones heterodoxas de la fantasía popular de la Edad Media, hadas, encantadores y vestiglos, y donde la dureza de la vida y la actividad guerrera no dan vagar ni reposo para fingir sentimientos quintaesenciados y metafísicas amatorias. Este pueblo es el español, y en las primeras, indígenas y originales manifestaciones de su espíritu poético, hay una sobriedad tan rara de lo sobrenatural y fantástico, tal solidez, tanta precisión y firmeza en las figuras y en los caracteres, tan poca exageración y ninguna extravagancia en los amores, y una rectitud tan sana en las demás pasiones y afectos, que forman del todo una poesía naciente, caballeresca también, pero que se opone a la fantástica, libertina y afectada poesía caballeresca de otros países. Sus héroes, sin dejar de ser extraordinarios e ideales, tienen por raíz exacta la verdad. Hay en ellos algo macizo, de verdaderamente humano, de real, que no hay en los héroes de las leyendas del resto de Europa. Salvo la ventaja que daba a nuestros poemas primitivos el estar iluminados por la idea cristiana, y salvo la desventaja de estar escritos en una lengua rudísima, sus héroes se parecen a los de Homero por lo reales, por lo determinados y por lo individualizados que están. No se ven envueltos en aquel nimbo misterioso, en aquella vaguedad de los héroes de la Tabla Redonda: todos van a un fin, todos llevan un propósito fijo; no es vano el término de sus proezas, sino que es el triunfo de la civilización católica y de la patria.»

© Biblioteca Nacional de España

«Por cuanto queda expuesto —agrega más adelante— se corrobora más que de censurar Cervantes en el Quijote un género de literatura falso y anacrónico, no se sigue que tratase de censurar ni que censuró y puso en ridículo las ideas caballerosas, el honor, la lealtad, la fidelidad y la castidad en los amores, y otras virtudes que constituían el ideal del caballero, y que siempre son y serán estimadas, reverenciadas y queridas de los nobles espíritus como el suyo.»

Alma tan profundamente cristiana como la de Cervantes, no podía reprobar los sentimientos caballerescos. Su catolicismo es cosa evidente: pálpase en el Quijote en más de una ocasión, admírase sobre todo en aquella memorable jornada, «la más grande que han visto los siglos», y en la que adquiriera el honroso título de manco de Lepanto, cuando instado por sus superiores y compañeros para que permaneciera en cama a causa de la fiebre que lo abrasaba, les contesta: «Más vale pelear en servicio de Dios e de su Majestad e morir por ellos, que no bajarme so cubierta.»

Prescindamos por ahora, por carecer de espacio para ello, de tratar de la inmensa legión de novelistas cristianos a la vanguardia de la cual figuran los nombres de Cervantes, José Francisco de Isla, Fernán Caballero, Antonio de Trueba, José María de Pereda, Luis Coloma y Navarro Villoslada.

Admiremos en cambio la obra portentosa del Cristianismo en lo referente a la literatura religiosa o mística, literatura ésta, por su esencia misma, muy superior a la otra profana.

Pocos son los autores que en ella sobresalen, debido sin duda a la sublimidad del género, que sólo admite inteligencias privilegiadas, almas de exquisita sensibilidad, corazones de muchos quilates, capaces de sentir y amar a la Divinidad. Tales fueron Granada, Fray Luis de León, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, estrellas de primera magnitud que nos enviaron su luz esplendorosa por medio de sus obras. Autor el primero de la «Guía de Pecadores», del «Libro de la Oración y Meditación», del «Memorial de la vida Cristiana» y «De la introducción del Símbolo de la Fé», aparte de otras obras de menor importancia, animadas todas del amor divino, sembradas todas de bellezas, lo mismo que las del segundo: la hermosa explicación de los «Nombres de Cristo», «La Perfecta Casada», los «Comentarios de Job y los del Cantar».

Más sublimes, más místicas son las obras de Santa Teresa: su Vida, sus Relaciones, sus Exclamaciones, el «Camino de la perfección», los «Conceptos del amor de Dios» y «El Castillo interior» o las Moradas», otros tantos raudales de poesía, poesía de los quilates de la encerrada en la letrilla:

«Vivo sin vivir en mí
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero»

y, sinembargo, menos alta que la que brota de la lira de Fray Luis de León, sea cuando suspira por volar al cielo y

© Biblioteca Nacional de España

«contemplar la verdad pura sin velo»,

sea cuando canta a la música de Salinas, sea cuando canta a la Noche Serena, sea cuando lo hace a la Morada del Cielo:

«Alma región luciente,
prado de bienandanza, que ni al hielo
ni con el rayo ardiente
falleces, fértil suelo,
producidor eterno de consuelo:

De púrpura y de nieve
florida la cabeza coronado,
a dulces pastos mueve
sin honda ni callado,
el buen Pastor en ti su hato amado.

.....

Toca el rabel sonoro,
y el inmortal dulzor el alma pasa,
con que envilece el oro,
y ardiendo se traspasa
y lanza en aquel bien libre de tasa.

¡Oh són! ¡oh voz! siquiera
pequeña parte alguna descendiese
en mi sentido, y fuera
de sí el alma me pusiese
y toda en ti, oh amor, la convirtiese!»

Como acertadamente dijo Menéndez y Pelayo, las odas de Fray Luis de León producen en nosotros el mismo efecto que en el autor la música del ciego Salinas:

«Aquí la alma navega
por un mar de dulzura, y finalmente

en él así se anega,
que ningún accidente
extraño o peregrino oye o siente.

¡Oh desmayo dichoso!
¡oh muerte que das vida! ¡oh dulce olvido!
durase en tu reposo
sin ser restituído
jamás a aqueste baxo y vil sentido

.....

¡Oh! suene de contino,
Salinas, vuestro són en mis oidos,
por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando a los demás amortecidos.»

Sinembargo no es esto lo mejor, aún existe poesía más sublime «que no parece ya de hombre sino de ángel (1) »; la de la «Subida

(1) Menéndez y Pelayo, Discurso de entrada a la Real Academia de la Lengua.

© Biblioteca Nacional de España

del Monte Carmelo», la de la «Noche Oscura del Alma», la de la «Llama de amor viva», la de las «Canciones Espirituales» de San Juan de la Cruz.»

Eternos serán los acentos de su alma enamorada de Cristo, que corre tras El habiendo sido herida de amor, sin que la arredren fuertes, montes, fieras ni fronteras, y sin parar mientes en las bellezas de las flores, pues con la pena que lleva en el alma no tiene gusto para solazarse con los encantos de la naturaleza. Interroga a los pastores, a los bosques y espesuras y a los prados si le han visto pasar, y de todos obtiene la misma respuesta:

«Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dexó de su hermosura.

Esposa

Ay, quien podrá sanarme
acaba de entregarte ya de vero,
no quieras enviarme
de hoy ya más mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.

Y todos cuantos vagan,
de ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan,
y déxame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.

Mas; ¿cómo perseveras,
oh vida, no viviendo donde vives,
y haciendo porque mueras
las flechas que recibes,
de lo que del Amado en ti concibes?

¿Por qué, pues has llagado
a aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿por qué así lo dexaste,
y no tomas el robo que robaste?

Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta a deshacellos,
y véante mis ojos,
pues eres lumbre de ellos
y solo para ti quiero tenellos
....
.....
.....

Justo y suficiente título de gloria para la Religión cristiana en los campos de la literatura es la poesía mística, creación úni-

© Biblioteca Nacional de España

ca y exclusiva suya, factura de sus manos, quintaesencia de sus más divinos conceptos, fruto de sus enseñanzas más sublimes. Poesía por excelencia, poesía sobre toda poesía, no superada ni superable por ninguna otra, puesto que asciende hasta donde a ninguna le es dado ascender: fuera de este mundo, más allá de las nubes, más allá del éter, hasta lo infinito, hasta lo eterno, hasta lo supremo, hasta Dios.

—

Siquiera a grandes rasgos hemos hecho resaltar la influencia ejercida por el Cristianismo en la literatura española, influencia sobre manera natural y lógica, si se tienen en cuenta las condiciones de España para con la Religión.

Originalísimo y sorprendente sería que la literatura de una nación cristiana no llevara el sello de ese cristianismo, como lo sería igualmente el que una obra no tuviera las huellas de los caracteres esenciales de las manos de su autor.

Podría preguntarse si fue provechosa la influencia del catolicismo para la literatura. Como creemos haberlo demostrado, sí lo fue y mucho, pues a esa influencia se debe en gran parte el desarrollo de la literatura durante los primeros tiempos, en gran parte también los progresos del arte de la novela, por completo el nacimiento del teatro, e íntegro ese género de literatura superior denominado místico, sin contar con las innumerables cuanto excelentes obras de autores cristianos que se han escrito en todos los géneros, nutridas de las sabias y sublimes enseñanzas de la Religión del Crucificado, y que constituyen, todas juntas, suntuosísimo monumento que contempla maravillada la humanidad y al cual va el mundo de habla castellana a buscar estímulo para sus alegrías, consuelo para sus tristezas, pasto para su inteligencia, y vigor para su corazón.

En resumen, puede decirse que la Religión, como madre amorosa, meció la cuna de la literatura, la alimentó de sus pechos, le comunicó el calor de su seno, y le trasmitió, en fin, los latidos de su corazón.

Panamá, Agosto de 1916.

© Biblioteca Nacional de España

CARLOS DE SARABIA RASCH

Primer premio por su poesía "Don Quijote".

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

DON QUIJOTE

1er. Premio.—Medalla de Oro

INTRODUCCION

Pues mi Amor, ya que Rómulo departe
con Artemisa de cuestiones de arte,

y que cerrando el templo de Cupido,
echaron sus amores al olvido;

ya que siguen los dos la nueva escuela
del teatro y la novela:

él recitando en la penumbra, versos
malignos y perversos

y ella entonando sáficas canciones
nutridas de malignas intenciones;

ya que tañen los dos la mandolina
jocunda de Pierrot y Colombina

y se expresan los dos alegremente,
Rómulo como bardo decadente

y ella, la rubia y cándida Artemisa,
como una decadente poetisa;

ya que los dos celebran su alegría
con tanta poesía,

yo por saber, oh mi princesa triste!
si ante mis cantos tu dolor persiste,

ensayaré una lira trovadora
de los alados cánticos de ahora.

Que en ese ambiente ideal de ruiseñores
en que el mirlo es el rey de los cantores

© Biblioteca Nacional de España

y Rubén es el rey de los poetas,
hay mucho cascabel y panderetas.

En ese ambiente musical de trinos,
profanos o divinos,

hay tanta castañuela y tal encanto
para enjugar el llanto,

que yo por ti, mi princesita triste,
voy a trinar el ósculo que existe

entre los versos que rimó el Deseo
y el canto de la alondra de Romeo.

Voy a decir la trova picaresca
de Paolo y Francesca;

las canciones de Inés y el repertorio
de las canciones de Don Juan Tenorio.

Después, mi bella amada, cuando el día
revele tu belleza y mi alegría,

te enseñaré al oído, madrigales
que sean espirituales.

Te diré ingenuamente, muchas cosas
divinas, de las rosas.

En candorosa lengua de Castilla
comentaré la fábula sencilla.

Sobre un cuaderno azul, que sea un muestrario
del arte, en el terreno literario,

marcaré los capítulos perversos
de la prosa y los versos.

Al tocar en los cuentos orientales,
señalaré mis gustos personales

y sobre el mismo tema
escribiré con lápiz un poema.

Mas mi doliente princesita, en tanto
que te escriba ese canto

y porque sepas, Nirce, que en la moda
de las letras alígeras y en toda

moderna exposición de modernismo
me critico a mí mismo,

voy a contarte la siguiente historia
que tengo en la memoria.

© Biblioteca Nacional de España

CANTO PRIMERO

Y mi adorada Nirce, aunque te asombre,
te diré que Don Juan era un gran hombre

que dejó en su carrera muchos rastros
de contactos que él tuvo con los astros.

Caballero nocturno de la ciencia,
fue mucho su saber y su experiencia.

Avaro de los viejos palimpsestos,
devoró muchos textos,

y en este mundo sublunar no había
quien supiera, como él, astrología.

Doctor entre doctores renombrados
Don Juan creyó en las brujas y en los hados.

Ellos fueron con él munificentes
y ellas le hicieron múltiples presentes.

Así fue que una noche, Doña Alcimia
le inició en los secretos de la alquimia;

y pudo un hombre por la vez primera,
asir esa quimera,

que se aprisiona trasmutando en oro
cualquier metal sonoro.

Y era Don Juan un sabio sin segundo,
que en la terrestre cáscara del mundo,

halló la esencia, la extensión y el modo
de las pequeñas partes y del todo.

Halló Don Juan, en Júpiter las leyes
que rigen a los reyes.

Indagó las influencias que los nombres
ejercen en la vida de los hombres.

Averiguó que el corazón humano
es parte de la parte de un arcano;

y fue que aunque Don Juan era alquimista
y astrólogo famoso y ocultista,

cuentan las gentes, que Don Juan no pudo
desatar ese nudo

que se llama, del ser de las conciencias
y que es la más oculta de las ciencias.

———

© Biblioteca Nacional de España

Amigo de laureles y de artistas,
fue Don Juan uno de esos proteístas

que cultivaron por diversas partes.
la ciencia con las artes.

Afamado pintor y gran orfebre,
trazó en el aire el salto de una liebre,

y como de esos cuadros naturales
tuvo ideas bastante originales,

en academias, plazas y casinos,
dijeron sus vecinos,

que Don Juan de Trebejos y Lagunas
llevaba en la cabeza cuatro lunas.

Discípulo de Apeles,
jamás idealizó con sus pinceles.

Para expresar Don Juan cierto vocablo
de las gestas del Diablo

sin que quedara de la escena duda,
pintó Don Juan a la Verdad, desnuda.

Quiero decirte, Amor, que como artista

dibujante, Don Juan era realista,

y que pintó la desnudez del vicio
sin arte ni artificio.

Como sabio escritor y gran esteta,
como estilista célebre y poeta,

fue Don Juan un bellísimo sujeto
que trajo al mundo literario inquieto.

Filósofo tocado del lenguaje,
fue Don Juan ese extraño personaje

que cuando quiso echarnos un abismo
entre el verso del viejo clasicismo

y el verso joven del moderno idioma,
colocó entre ambos versos, una coma.

Anarquista en el campo literario
nunca tuvo Don Juan itinerario:

© Biblioteca Nacional de España

Holló las reglas, destruyó el precepto
y condenó a Quevedopor inepto.

Revolcó el Partenón, las academias,
y en un verso, al trasluz, dijo blasfemias

del metro y la plomada,
de Cervantes y Fray Luis de Granada.

«Mis versos, dijo, son águilas bravas
que no toleran trabas.»

y dijo bien Don Juan, porque sus versos,
aletearon dispersos,

revolvieron el orden del Parnaso
con cada un aletazo,

afligieron con zaña y con cizaña
a la tierra de España,

y hasta pudo Don Juan con esas aves
llenar el mundo de trastornos graves.

Pudo Don Juan causarnos mil disgustos
en materia de gustos,

pero es lo cierto, mi gentil princesa,
que no hubo tal revolución francesa,

porque el mismo Don Juan cortó las alas
de esas aves tan malas.

El giro singular de esta ocurrencia
lo debieron las letras a la ciencia,

y ese corte de plumas, hoy se cita
en la historia de la ciencia espirita.

Entre gentes amigas de consejas
lo refieren las mozas y las viejas,

Francia lo aplaude, Roma lo discute,
lo declaró asombroso el gran Matute;

y si en esta ciudad nadie lo cuenta
ni nadie lo comenta,

es porque ha tiempos que de varios modos
lo aprendieron los tirios y los godos.

Mas yo, princesa, porque tú no sabes
cómo se mutilaron esas aves,

voy con tu venia a reanudar la historia
que tengo en la memoria.

© Biblioteca Nacional de España

CANTO SEGUNDO

Mi amigo Juan Trebejos y Lagunas
se levantó ese sábado en ayunas

de pan, salchicha y queso.
Mi amigo bostezaba con exceso

y pasando la vista sobre un diario,
vió un aviso para él extraordinario.

En letras de tamaños naturales
leyó: «Juegos Florales»

y en seguida, Don Juan, siguiendo el curso
curioso de ese aviso del concurso,

se fijó en una parte que decía:
«La mejor poesía

se premiará, para honra del poeta,
con la adjudicación de una violeta.

El canto más sonoro,
tendrá por premio una MEDALLA DE ORO,

advirtiendo a la vez, que dicho canto
debe loar al Manco de Lepanto

y llevar en su pórtico, por mote,
EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE».

Más adelante, candorosamente,
advirtió lo siguiente:

«Quijote de la Mancha, o sea el poema
que en éste corresponde al quinto tema,

se premiará, por gracia de sus loas,
con cincuenta balboas.»

Y aquí de la lectura, Nirce bella,
te digo que Don Juan besó «La Estrella».

Y fue, que aunque este sabio era ocultista,
y astrólogo famoso y orfebrista

de la rima gentil y de la prosa,
y aunque hubiera encontrado la famosa

piedra filosofal de los antiguos,
los bienes de Don Juan eran exiguos,

y ante el dichoso aviso de ese diario
que ofrecía un recurso extraordinario,

no pudo menos de ocurrir que un beso
señalara tan pródigo suceso.

© Biblioteca Nacional de España

Debo aclarar, mi Amor, que en oro y cobre
mi amigo era muy pobre,

y que ante el atractivo del dinero,
Judas besó primero.

Así, pues, rebosante de alegría
sacudió nuestro amigo esa apatía

que de él se apoderaba
en cuanto del Quijote se trataba.

Y el alto vate que antes
blasfemara de Lope y de Cervantes,

quiso ensayar su lira con un canto
para loar al Manco de Lepanto,

quiso traer se verbo al estandarte
de ese fénix del arte.

Pero fue el caso, mi gentil princesa,
que aunque Don Juan acometió la empresa

de escribir esa bella poesía,
el verso quijotesco no salía

y no pudo encontrar un consonante
que fuera bien al caballero andante.

Sus ideas de entonce eran confusas
y no inspiraban al cantor, las Musas.

Nuestro amigo Trebejos y Lagunas.
que se estaba ese sábado en ayunas

de pan, salchicha y queso,
inútilmente trabajaba el seso,

pues que el enredo, singular, del tema,
no cuadraba al color de su poema.

Y estaba ya Don Juan fuera de tino,
renegando del diablo y de su sino,

cuando de pronto y milagrosamente
se le vino a la mente

que antes de ser astrólogo y artista
él era espiritista.

Y recobrando mi Don Juan la calma
pensó inspirarse con la luz de otra alma,

© Biblioteca Nacional de España

Para escribir con éxito sus versos
de colores diversos,

quería Don Juan que en tan difícil punto
le ayudara un difunto.

Imitaría la sabia providencia
de Sócrates, el padre de la ciencia,

y de ese sabio Salomón, que ha sido
el sabio más leído.

Yo, se dijo Lagunas y Trebejos,
encontraré la luz y los consejos

de cualesquier espíritu, que sea
luminoso en el campo de la idea.

Y trayendo Don Juan a la memoria
una lista mortuoria,

se propuso evocar, con hondo acierto,
el celebrado espíritu del muerto,

a quien la Fama, en templos y proscenios,
apellidara el rey de los ingenios,

y a quien la Iglesia bautizara enantes,
Don Miguel de Cervantes.

CANTO TERCERO

Creadora combustión del pensamiento
llenaba el aposento

del *medium*, Juan Trebejos y Lagunas.
Irrupciones fantásticas de unas

llamitas ondulantes,
poblaban de reflejos los estantes,

ponían toques de luz sobre las pastas
de las novelas castas,

danzaban en los libros y cuadernos
de los versos modernos

y provocaban con su acción, un brote
de luces en la pasta del Quijote.

Resplandores y sombras indecisas
manchaban las repisas,

sobre un tambor de parches sonorosos
triscaban diez espíritus jocosos,

© Biblioteca Nacional de España

duendes, trasgos y caras amarillas
ocupaban las mesas y las sillas,

y en la estancia embrujada de Trebejos
había cien personas y reflejos.

Eran muchas personas, bella Nirce,
que no pensaban irse,

y que a Don Juan Trebejos y Lagunas,
que llevaba en la testa cuatro lunas,

le tomaban el pelo
juzgándole quizás algún chicuelo.

Un espíritu ruin y botarate
se le metió a Don Juan por el gaznate,

y otro espíritu ruin y empedernido
le chillaba al oído:

«yo estoy aquí para inspirar tu canto,
yo soy Don Juan, el Manco de Lepanto—»

Y la zambra, el bochinche y las visiones
aumentaban en grandes proporciones,

y ya Don Juan, perdida la paciencia
dudaba de su ciencia,

cuando de pronto, en medio a su aposento
retembló el pavimento,

y vió Don Juan que, como leña seca,
se quemaba a sus pies su biblioteca

y que del libro ardiente de Cervantes
se alzaban tres espíritus gigantes.

———

Era entre los presentes, el primero,
el espíritu bravo de un guerrero

que, por virtud de su estatura larga
y del gesto marcial y por la adarga,

por la fina perilla y el bigote,
vino Don Juan en que era Don Quijote.

El segundo, más mozo y más pequeño
con su aspecto glotón y lugareño

y con lo simple y ancho,
dió a entender a Trebejos, que era Sancho.

Dotado de gloriosa transparencia,
era el tercer espíritu, la esencia

© Biblioteca Nacional de España

de la mujer—idea,
que llamó Don Quijote, Dulcinea.

Y ante las rojas páginas humeantes
del libro de Cervantes,

y bajo el esplendor de las miradas
de aquellas ánimas recién llegadas,

se admiraba Trebejos, de la cita
de tan rara visita.

Allá en su corazón y en su capote,
desconfiaba Don Juan de Don Quijote,

y en este punto, princesita mía,
te advierto que Don Juan razón tenía.

Al señor de Trebejos y Lagunas
que llevaba en la testa cuatro lunas,

le tomó fuertemente del cogote
el puño vengador de Don Quijote,

El bravo caballero de la Mancha,
tomaba su revancha:

«Oh ruin y malhadado, le decía,
tú eres el paladín de la heregía!

Tú que formaste un cisma en el idioma,
que has sacado un abismo de una coma,

y que del salto de una liebre, hiciste
una princesa triste;

tú que has supuesto, presumida y fea
a mi bella princesa Dulcinea,

tú el Don Juan de tantísimos errores,
vas a quemar tus versos de colores

a los pies de mi dama,
en el rojo esplendente de una llama—»

Y en tanto que Don Juan, puesto de hinojos,
devoraba a la dama con los ojos

y quemaba el castillo de sus versos
de colores diversos,

Don Quijote, con Sancho el lugareño,
se alejó cabalgando en Clavileño.

Y en la mágica estancia
donde todo era encanto y nigromancia,

© Biblioteca Nacional de España

se quedó ante Don Juan, ingenuamente,
el espíritu ideal y transparente,

soñado y vaporoso,
de la gentil princesa del Toboso.

«No te extrañes, Don Juan, dijo la hermosa,
de mi presencia ideal y vaporosa,

si es que deseando producir un canto
has evocado al Manco de Lepanto.

No te extrañe, Don Juan, yo soy aquella
princesa que ha caído de una estrella,

y que guarda en sus cofres los diamantes
milagrosos, que fueron de Cervantes.

Los topacios de tintes amarillos,
los collares de perlas, los cintillos

de las piedras preciosas
que expresaron con brillo tantas cosas.

Yo soy, Don Juan, una mujer que entraña
la hermosura romántica de España

y que cifra esa dulce maravilla
que se llama la lengua de Castilla.

Hija multipreciosa de la idea,
llevo el nombre gentil de Dulcinea,

y en la aureola de la frente tengo
el árbol singular de mi abolengo.

Yo soy, Don Juan, un símbolo profundo
del manantial de cánticos del mundo

y estoy en tu aposento
caldeando con mi luz tu pensamiento.

Emisario esplendente de Cervantes,
en mi pecho te traigo sus diamantes

y en el sér de mi sér, te traigo un canto
para loar al Manco de Lepanto—»

Dijo así la princesa del Toboso,
y en tanto que su cuerpo vaporoso

comenzaba en el aire a diluírse,
(cuentan las tradiciones, bella Nirce,)

que allí Don Juan, con ansiedad suprema,
le expresó una canción que era un poema.

INDICE

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

INDICE

PÁG.

Dos Palabras III
Los Juegos Florales de Panamá V

PRELIMINARES

Concurso de los Juegos Florales 3
Programa de las Fiestas 7

JUEGOS FLORALES

DISCURSOS

Discurso de don Guillermo Andreve 11
Alocución del Doctor Pablo Arosemena 17
Discurso de don Narciso Garay 25

HOMENAJE LIRICO

El Poeta a la Soberana por Enrique Geenzier 35
El Bardo a la Corte de Amor por Enrique Geenzier 35
Homenaje a la Reina por Abraham Martínez 36
A Su Majestad Raquel Iª por Rafael Gutieri 36
Homenaje al Poeta por Abraham Martínez 37

DISCURSOS PRONUNCIADOS EN LA PLAZA DE CERVANTES

Discurso del Doctor Octavio Méndez P. 41
Discurso de don Emilio de Motta, Comisario Regio de España 45

TRABAJOS PREMIADOS

Informe del Jurado Calificador 51
Salmo de Vida (Premiado con la flor natural) por Enrique Geenzier 55

© Biblioteca Nacional de España

PÁG.

A España en el tercer centenario de Cervantes por Melitón Martín..... 59
De la Inmutable Vida por Rafael Gutieri..... 65
El Quijote como lazo de unión entre España y la América Hispana por Octavio Méndéz Pereira..... 69
El Quijote como lazo de unión entre España y la América Hispana por José de la Cruz Herrera..... 79
El Quijote como lazo de unión entre España y la América Hispana por Lisandro Espino..... 91
¿La conservación del idioma puede influir en el sostenimiento de la Independencia Nacional? por José de la Cruz Herrera..... 103
¿La conservación del idioma puede influír en el sostenimiento de la Independencia Nacional? por Octavio Méndez Pereira..... 115
Influencia del Cristianismo en la Literatura Española por José de la Cruz Herrera..... 121
Influencia del Cristianismo en la Literatura Española (autor anónimo)..... 137
Influencia del Cristianismo en la Literatura Española por Tomás Guardia G..... 195
Don Quijote por C. de Sarabia Rasch..... 207

© Biblioteca Nacional de España

ESTE LIBRO FUE IMPRE-
SO EN LA TIPOGRAFIA
MODERNA. EN EL
MES DE JUNIO
DE 1917.

© Biblioteca Nacional de España

1000387111

© Biblioteca Nacional de España